

Madrid, 21 de mayo de 2015

Comparezco a esta fiesta de la Biblioteca Hispánica como un lector. Nada más que como un lector. Nada menos. Los lectores somos el alma y el cuerpo de las bibliotecas, que son unas instituciones hechas para la lectura, unas instituciones hechas para nosotros, los que leemos. Es en ellas donde los libros adquieren su verdadera estatura, su auténtica naturaleza. No son mis libros ni los tuyos, son nuestros libros. Son, si se me permite la hipérbole, el lugar donde, por excelencia, la humanidad se echa a leer.

Debo decir que soy un lector especialmente agradecido a las librerías de lance y a las bibliotecas públicas. Me gusta empuñar los libros que fueron de otros, que han sido leídos por otros. Libros que llevan las marcas de antiguas lecturas, acaso dotadas de fechas borrosas y mágicas. Sus páginas tienen pántinas de vidas leídas y releídas. Pequeñas manchas temblorosas de los dedos que volvieron sus páginas, de pensativos humazos de lectores, con los restos de bichitos que no pudieron escapar a la presión del papel, con alguna flor seca que guarda una callada declaración de amor, con subrayados inteligentes o insolentes que rellenan esos espacios en blanco que son esenciales a la lectura. Una página impresa contiene huecos donde los lectores nos instalamos a tejer y entretejer el infinito cañamazo que llamamos, por llamarlo de alguna manera, literatura. Los antiguos inventaron esta palabra que significó, en su origen eso, apenas eso que es la marca de vida que todo escrito exhibe en silencio. Allí, en esos blancos aparentemente vanos, el texto vive y revive.

Pertenezco a la multitud de americanos que vinimos, a mediados de los años setenta del pasado siglo, a España. Llegamos por muy malas razones y nos quedamos aquí por muy buenas razones. Algunos estuvimos trabajando en esta casa. Unos cuantos, cuando pudieron, se volvieron a las tierras de origen. De ellos, hay quienes emprendieron el gran viaje sin retorno. Otros, como es mi caso, estamos en ese periodo jubiloso de la vida que se suele denominar, justamente, jubilación. Nuestros días no tienen ya horarios ni lugares fijos. Es decir que estamos en la mejor situación para dedicarnos a la lectura. Leemos en el sillón doméstico, en el banco del parque, en el asiento del metro, ante la mesilla del café o llevándonos por delante, en plena calle, a nuestros vecinos, libro en mano. Formas inesperadas del júbilo, repito, a una edad que suele verse, por error, como la época de las renunciaciones. Pues no: al libro no hemos renunciado.

Vuelvo a las malas razones. De pronto, tras unas horas de vuelo, nuestras vidas se vieron reducidas a una maleta, una valija, un equipaje donde cabían muy escasos libros. Los que habíamos acumulado durante

años, habían desaparecido de nuestro entorno quizá para siempre. Y con ellos se había esfumado buena parte de nuestras existencias. Los teníamos en casa, al alcance de nuestras manos. Poblaron nuestros días y nuestras noches. Los veíamos a diario, los saludábamos al marchar y nos saludaban al volver. Pero esta vez la marcha era sin vuelta.

La Biblioteca Hispánica fue para muchos de nosotros, el lugar donde volvimos a disponer de libros, de cuantiosos libros. Tuvimos de nuevo *nuestros* libros. La sala de lectura de entonces era modesta, no más que un ancho pasillo. Nada que ver con el recinto imponente, acogedor, elegante y concentrado que adquirió tiempo después. Pero aquella sala tenía mucho de casa propia porque en ella habitaban, lo repito, *nuestros* libros. Sobre todo, los libros escritos en nuestra lengua materna, esa lengua dispersa, comunitaria, enérgica, insistente, nido donde prosperan *nuestras* letras. Y entre aquellos libros y las palabras que nos esperaban en las calles de Madrid, volvimos a tener una patria.

No la conocíamos, en verdad, sino por los libros pero esta casa nos permitió descubrirla. Soy porteño – ajústense los cinturones – y me resultaba familiar el diálogo con un uruguayo, un boliviano, un paraguayo, un chileno. Solían ser habitantes de mi ahora lejana, lejanísima ciudad. Aquí aprendí a dialogar con un guatemalteco, con un salvadoreño, con una colombiana, con una peruana. Conocí a los dominicanos cuya tierra era la mitad de una isla, yo que había fantaseado a América – confieso mi porteña limitación – como una inacabable llanura pampeana. Y aquí pude charlar con los cubanos de Camagüey y con los cubanos de Nueva York. Fue cuando, realmente, me di cuenta de cuál era la lengua que hablaba desde mi niñez en un barrio al Oeste de Buenos Aires y en la que seguiría escribiendo mientras tuviera ganas y pudiera obedecer a esa obstinada, incierta pero irrenunciable tarea de escritor. Yo, que como mi paisano Borges, había imaginado el paraíso bajo las especies de una biblioteca. Ahora manifiesto una confidencia: lo sigo imaginando. Tal cual.

No quisiera incidir en el tópico de que la patria de todo hombre, de todo ser humano – seamos políticamente incorrectos: incluyo a las mujeres entre los seres humanos, sin necesidad de decirlo a cada rato – está en la lengua que habla y en la que se le habla, en la cual escribe y es escrito. Lo doy por sabido y por consabido. Pero Madrid me enseñó que, por ejemplo, el perfume del durazno es el del melocotón y el sabor del chícharo, la arveja, el arvejo y el guisante, es el mismo a la hora de comer con apetito. Como hay lingüistas, y muy ilustres, en la sala, diré que se me ensanchó la competencia lingüística. Y este es un tesoro que afortunadamente, escapa a los financistas y a los contables. Diría más: que es el tesoro por

antonomasia para un escritor, el que se toma sin precio recorriendo a los clásicos. Al ceñudo Góngora, al coloquial Cervantes, al áspero Juan Rulfo y al amable Alfonso Reyes. Observarán que no he contado a ningún argentino porque si empiezo con el florido inventario, no acabaré nunca y ustedes me lo harán saber.

En efecto, la lengua en sus incontables y vivientes variaciones idiomáticas es el vehículo con el que contamos para ordenar y llenar de sentido todos los ruidos del mundo y también todas sus músicas. Haciéndolo conseguimos algo más y es quizá cuanto pueda hacer este animal semiótico que somos: construir un mundo que sea *nuestro* mundo, un mundo que contiene todo el placer de nuestras conquistas y todo el dolor de nuestras miserias. Inscribimos signos en el tiempo y vencemos a la muerte, que siempre nos hace hablar desde su pétreo silencio.

Hoy la Biblioteca Hispánica inaugura su deriva virtual. Los signos impresos empiezan a temblar en las luces de la red. Es, de alguna manera, lo que siempre hemos hecho los lectores: atrapar los peces del sentido en la red de la lectura. Admito que me gustan más los libros de papel que los libros de pantalla. En aquéllos me encuentro con todos los esfuerzos que los humanos venimos haciendo para perpetuar nuestros signos al paso de los días, los años, los siglos y los milenios que esta curiosa tierra planetaria nos permite rasguñar, desde la piedra labrada en las cavernas y los punzones que penetraron las tablillas de madera y de cerámica hasta los crocantes papiros que se convirtieron en nuestros libros. Invoco ahora a quienes, con su trabajo, los hicieron y los hacen posibles: escritores, editores, cajistas de imprenta, enmendadores de plana, ilustradores, diseñadores, encuadernadores, librerías, bibliotecarios, archiveros, empleados de bibliotecas que los llevaron y los llevan hasta nuestro alcance, hasta la infatigable curiosidad por la letra que nos caracteriza y nos sostiene como lectores.

Tal vez, buscando una síntesis, una latina síntesis, cuanto he tratado de decir quepa en una sola palabra, una palabra compleja y enmarañada, problemática y rica: España. No es un emblema, ni una bandera, ni un contorno de la geografía. Mucho menos una tribu, una raza, una marcha militar o ceremonial. Es una lengua viva, múltiple, en curso, que se ha desparramado por la obra de millones de gentes que decidieron y decidimos hablarla y escribirla. Cuanto he dicho busca otra palabra que lo envuelva: gracias.

Blas Matamoro